

un pueblo de provincia, son inolvidables con sus pequeños problemas, sus cotidianas preocupaciones, sus amoríos fáciles que no están ajenos a un sentimentalismo de hombres que aun no han sido contagiados por el ambiente. Conocíamos a Luis Merino Reyes como un poeta de méritos, equidistante del vanguardismo y de la clásica y rigurosa métrica rimada, que ha enriquecido nuestra literatura con varias obras que han logrado legítimos éxitos de crítica y de librería.

Ahora con su «Muro de Cal» nos ofrece una magnífica y fresca muestra de su espíritu inquieto, incursionando con éxito en el campo de la prosa, en la que, sin duda alguna, alcanzará un nivel tan alto como el que ha logrado con su estro poético.

Para escribir un libro como el que comentamos, se necesita haber vivido. Es decir, haber logrado experiencias, haber buceado en el alma humana, haber superado lo rudimentario y lo banal para adentrarse en las profundidades de la psíquis. Sólo así es posible hablar como habla Merino Reyes, con esa seguridad del hombre que conoce su trayectoria, aunque ella se muestre inviolable a los ojos que la contemplan.

«Muro de Cal», como la mayoría de los libros modernos es exíguo de páginas, y su lectura puede hacerse en una jornada, sin sentir el menor cansancio, sin que decaiga el interés del lector que lo ha tomado en sus manos. Y al terminar su lectura, podemos repetir, con absoluta sinceridad, las palabras iniciales del prologuista, el escritor Edmundo Concha: «Decididamente, estos cuentos nos han obsequiado una muda y misteriosa fiesta espiritual!».—GONZALO DRAGO.



*Libros ingleses.*—ESCRITORES DE HOY, por *Hernán del Solar*

Reunidos por Denys Val Baker, en un volumen que publica Sidgwick and Jackson, de Londres, encontramos en *Writers of*

*To-day* (1) doce buenos ensayos acerca de significativos escritores de nuestro tiempo. Críticos sagaces estudian la obra de Aldous Huxley, Graham Greene, André Gide, James Joyce, Edith Sitwell, J. B. Priestley, Arthur Koestler, Federico García Lorca, Dorothy Sayers, John Steinbeck T. S. Eliot y E. M. Forster. Algunos de estos nombres nos son familiares. Otros cuentan con escasos lectores entre nosotros, como Graham Greene y F. M. Forster, por ejemplo, no traducidos a nuestro idioma, a pesar de poseer un valor que supera considerablemente al de ciertos novelistas con insistencia divulgados.

A J. B. Coates le corresponde el estudio de la compleja personalidad de Aldous Huxley. Lo hace con singular penetración, mostrándonos detenidamente cómo ha interpretado muchos de los problemas esenciales de nuestra época. Ahora su análisis desde *Crome Yellow*, la primera novela de Huxley, hasta su reciente *Time Must Have a Stop*, libro que nos permita admirar su consumada técnica y la brillantez de su estilo.

Para Costes, el autor de *Point Counterpoint* es el más inteligente y perspicaz intérprete del mundo moderno, y en sus obras capitales asistimos muy de cerca al sobrecogedor espectáculo de la crisis espiritual que nos agobia. Si otros comentaristas le han criticado a Huxley una actitud excesivamente intelectual frente a la vida, Costes sostiene que es su intensa curiosidad investigadora y la suma de sus conocimientos enciclopédicos lo que precisamente le conduce hasta la hermética raíz de la quiebra de nuestra civilización. Hay en él, asociados un poeta y un hombre de ciencia.

En seguida, Walter Allen analiza la obra de Graham Greene, novelista que desde su primer libro—*The Man Within*, aparecido en 1929—ha demostrado tan vigoroso talento, que a su comentarista le induce a situarlo entre los escritores de más

---

(1) «Writers of To-day», edited by Denys Val Baker (Sidgwick and Jackson. London).

evidente importancia. «Cuando uno piensa—escribe—en los progresos que ha hecho en los últimos quince años, en sus inmensos recursos técnicos, en el dominio de su arte y, particularmente, en cómo ha ensanchado su horizonte para abarcar los más grandes problemas con que se enfrenta el hombre en esta tierra, ya no simplemente espera, porque de ello está convencido, que los años venideros le presentarán no sólo como al principal novelista de su generación, sino como uno de los más grandes novelistas ingleses».

Wallace Fowlie estudia después la obra de Gide. En acucioso examen de sus libros, desde el primero—*Los Cuadernos de André Walter*, escritos cuando era un muchacho—la sensibilidad, la inteligencia, los conocimientos del célebre escritor francés se le aparecen mancomunados para producir la resurrección del mito de Narciso.

Nos encontramos luego con Stuart Gilbert inclinado sobre la más discutido figura literaria de este siglo: James Joyce. Y su juicio va más allá del habitual, que consiste en darle a Joyce, como principal característica, la condición de un revolucionario de las palabras. Ha hecho más el creador de *Ulysses*. Stuart Gilbert sintetiza de este modo su justificada admiración: «Joyce perteneció, realmente, al linaje de Montaigne, y en Montaigne encontramos la misma desconfianza de los sistemas, tendencias y (para emplear la jerga actual) ideologías. Esta es, quizás, la cualidad que da a las principales obras de Joyce su perennidad, y demostrará el secreto de su permanencia. Aunque su escenario es, invariablemente, Dublín, y el tiempo está en su obra rigurosamente establecido; probablemente ni «*Ulysses*» ni «*Wakes*» envejecerán, o perderán su importancia para el lector de claro discernimiento, sea cual fuere la revisión de valores morales y sociales que nos reserva el futuro».

Henry Reed se ocupa en el siguiente ensayo de la poetisa Edith Sitwell. La evolución de su naturaleza lírica, desde el hermetismo que a veces constituyó un rico juego de palabras y de

imágenes, hasta su actual expresión densamente humanista, le permiten confiar en el destino venidero de su obra. Aunque no compartamos plenamente la adhesión de Henry Reed, creemos que su estudio expone con claridad la faena poética de esta escritora que, si no nos equivocamos, posee en su país un sólido renombre.

Viene a continuación un interesante trabajo de Jack Lindsay acerca de J. B. Priestley, uno de los más fecundos escritores ingleses de estos días. Acostumbradamente se le compara con Dickens. «Creo—escribe Lindsay—que a Priestley no le agrada ser llamado dickensiano. Por mi parte, no sé encontrar un más alto término de alabanza, si se le emplea con inteligencia. Pero es cierto que a menudo se le usa ahora como un simple ramillete que lleva dentro un ladrillo». Para Lindsay, por cierto que no lo lleva. Priestley, en sus novelas y en sus obras teatrales, le merece prolija atención, pues le considera no únicamente un dominador de su oficio sino un intérprete de la comunidad inglesa, con sus defectos y sus virtudes.

Luego nos sale al encuentro un nombre que en los últimos años, o mejor, en los últimos meses, ha emprendido la conquista de todos los públicos. Nos referimos a Arthur Koestler, el húngaro que empieza a ser traducido a todos los idiomas y que en este volumen es estudiado con detenimiento por Derek Stanford. ¿Cuál puede ser el secreto de esta acogida espléndida que en todas partes se le dispensa a Koestler? En el ensayo de Stanford lo entrevemos, a poco de iniciarse, y después, en el transcurso de sus páginas, lo comprendemos cabalmente. Este es el caso del escritor que hunde la mirada en el laberinto de su tiempo y ve perdido en él, agobiado por toda suerte de infortunios, al individuo, al hombre. El Estado, la Raza, la Iglesia, el Partido—grandes mayúsculas imperiosas—lo persiguen, lo anulan, lo extravían en un destino que no es el suyo. Y al hombre hay que salvarlo. Koestler, pues, busca la humanización de la conducta histórica de su tiempo. Y su lector, que es el per-

seguido, el extraviado, lo acoge con toda la cordialidad de su espíritu.

Arturo Barea estudia con visible perspicacia a Federico García Lorca, el gran poeta español que traducido al francés y al inglés, a pesar de las grandes dificultades que necesariamente ha de presentar al traductor su lenguaje colmado de matices, de expresiones puramente españolas, comienza a penetrar las fronteras espirituales de todos los pueblos. Quienes conozcan la obra de García Lorca reconocerán en Barea un don fino de percibir e interpretar la poesía.

Paul Foster, en un breve ensayo, nos pone frente a Dorothy Sayers, escritora inglesa, cuyas novelas policiales atraen a los lectores descosos de ver cómo una sutil inteligencia se divierte creándose intrincados problemas, para solucionarlos con seguridad gozosa de sus propios medios. No solamente nos imponemos aquí de la destreza narrativa de Dorothy Sayers analizada en todos sus recursos. También observamos cómo los trastornos de estos años influyen en el temperamento de la escritora, que repentinamente busca nuevos caminos y en recientes obras teatrales pone su capacidad literaria al servicio de la fe y la moral cristianas.

Después están las páginas que Bernard Raymund dedica a John Steinbeck. Es éste, seguramente, el novelista norteamericano que mejor conocemos en el continente, junto a William Faulkner y Erskine Caldwell. Raymund no vacila en afirmar que *The Grapes of Wrath* es la obra maestra más importante de la actual literatura norteamericana. Su ensayo es breve, pero abarca la personalidad de Steinbeck de extremo a extremo, destacando la significación que la enriquece.

El penúltimo estudio pertenece a Norman Nicholson y nos muestra a uno de los grandes poetas de hoy: T. S. Eliot. Interesará verdaderamente a los estudiosos de la literatura contemporánea la presentación de una obra que necesita expositores de la agudeza de Nicholson. De paso, diremos a quienes admi-

ran a Eliot que con el título de *Four Quartets Kehsarsed* ha escrito Raymond Preston, en un volumen publicado por Sheed and Ward, de Londres, un excelente estudio de su poesía.

Y termina la obra que sucintamente hemos diseñado con el ensayo que firma D. S. Savage y se ocupa del novelista E. M. Forster, el autor *The Longest Journey* y *A Passage To India*. Tenemos aquí a un escritor que no se ha prodigado cuantitativamente. Sus libros son escasos, pero la exigüedad numérica no impide la abundancia de la calidad. Puede discutírsele, pero nadie tendrá la osadía de negarlo. Es de los grandes nombres de las letras inglesas de este siglo.



RECABARREN O EI LÍDER DE SUDOR Y ORO, por *Antonio de Undurraga*. («Cultura». 1946).

La reforma política de Chile tiene cambios violentos. situaciones de esfuerzo, fieros antagonismos, llevados por un cauce de sangre y fuego, aunque toda reforma en sí no es más que un cambio fragmentario de lo fundamental, la reacción de cierto ambiente en torno de una doctrina circunstancial, movable, siempre, al antojo del deseo. Por esto el líder de doctrina barnizada, engañosa—tan común en nuestro medio—especialista en limitaciones sociales y cariado por un altarcito burocrático, progresista sólo en lo económico personal, el político de manga ancha, atrasado en recados y actividades esenciales, no tiene asidero posible dentro de lo fundamental, o sea, en el hombre y su unidad organizada: el pueblo. Líderes engolados, tiesos y lustrosos, derretidos en cacerolas de prebendas, sometidos ante un señor alto, de repletos bolsillos, sobran. Los encontramos con doblar una esquina, el cuello duro y la melena aplanchada. Por ello la figura de Luis Emilio Recabarren agiganta en el tiempo su estatua de luz, labrada en la lucha y el esfuerzo, en la re-